

del culto divino; pero aunque espuso eloquentemente sus razones, sólo pudo atraer á su dictámen á uno de sus compañeros, el cual se separó también de él poco tiempo despues.

Tanto mas irritado el rey con esta resistencia, cuanto que solo un obispo osaba distinguirse así de todos los demas, envió gente armada para despojarlo de todos sus bienes y echarlo de su Silla; pero los que fueron encargados de esta comision no se atrevieron á ejecutarla. Cuando llegaron á su presencia los dejó admirados su aspecto firme é intrépido; el temor de los castigos divinos se apoderó de su espíritu, y se tornaron sin haber hecho cosa alguna. No obstante, temeroso el Santo de atraer sobre su rebaño los ímpetus de un príncipe tan colérico como Ricardo, quiso esponerse él solo á todo el riesgo, y marchó á avistarse con el rey. Al acercarse á la corte salióle al encuentro algunas buenas gentes diciéndole que no se presentase al rey, que no se espusiese á una muerte segura, y que no diese lugar á que se renovasen los atentados y calamidades que hicieron gemir por tanto tiempo á la Inglaterra despues de la muerte del santo mártir de Cantorbery. Viendo que no le movian estas pinturas horribles, y para obligarle mas eficazmente á retirarse, un señor muy virtuoso se ofreció por mediador. «Pero ¡cómo! le respondió, ¿quereis que huya yo del peligro para sumergiros en él á vos y á vuestros hijos?» Así que acabó estas pocas palabras, se adelantó y entró en el palacio.

Noticioso de que el rey estaba oyendo misa, fué en derecha á la capilla; y sin esperar á que le dieran aviso, se presentó de repente á él y le dijo: «Dadme el beso de paz.»—«No lo merecis,» le respondió el rey.—«He venido á buscarle desde muy lejos, replicó el obispo, y es forzoso que me le deis.» Inclínose el rey sonriéndose y

le dió el beso. Oyeron juntos el resto de la misa, y cuando trajeron al monarca el portapaz, le hizo presentar primero al santo obispo. Los otros prelados y todos los asistentes apenas podian creer lo que veian. El Santo le dijo acabada la misa: *aun no está hecho todo*; y le llevó detrás del altar.

Allí, sentándose junto á él, «venid acá, le dijo, decidme, ¿cómo va vuestra conciencia? Pues vos sois de mi diócesis, y tengo de responder de vuestra alma en el juicio de Dios.» Deponiendo Ricardo toda la altivez y la aspereza de su índole, le respondió: «Mi conciencia está en muy buen estado, á no ser que sea culpable el enojo que me obliga á perseguir á los enemigos de mi reino.»—«¿Qué me decis? replicó Hugo: ¿no vejais á vuestros propios vasallos? ¿no oprimis á los mas débiles y á los mas inocentes? ¿no haceis gemir á toda Inglaterra bajo el peso de vuestras continuas exacciones? Por otra parte, he sabido que habeis faltado á la fé conyugal. ¿Y son estos pecados tan despreciables para que vuestra conciencia pueda estar tranquila?» El rey quedó á estas palabras tan sorprendido, que no se atrevió á desplegar los labios; y siguiendo el santo pastor en su reprehension, se disculpó Ricardo, tartamudeando, sobre algunas cosas, pidió con humildad perdon de otras, y prometió enmendarse. Luego, á presencia de toda la asamblea, enumeró el obispo todas las justas razones que habia tenido para oponerse á lo que deseaba el rey. «¿Y no me mostraria indigno del título de pastor, añadió, si me hubiese hecho cómplice en la vejacion de mis ovejas?» No pidió el rey mas apología, y aun se tuvo por feliz en que el Santo no pasase mas adelante en la correccion. Así que partió, volviéndose Ricardo hácia los señores de su comitiva, les dijo con voz todavía trémula: «Si todos los obispos se parecieran á este, los príncipes y los cortesanos

no tendrian imperio alguno sobre ellos.» Haciendo el santo prelado la visita de su diócesis (1191), encontró en la abadía de Godestove un sepulcro soberbio, que le dijeron ser el de Rosemunda, manceba de Enrique II. «Esta fué, dijo, una prostituta: que la saquen de aquí: no se debe sufrir que la disolucion y el adulterio sean así honrados.» Inmediatamente se ejecutaron estas sus órdenes.

El emperador Enrique VI, sin ser tan duro como el rey Ricardo, no usó de la misma moderacion que este príncipe. A consecuencia del furor á que se abandonó, vióse renovar la escena sangrienta ocasionada por las quejas indiscretas del rey Enrique II contra el santo primado de Inglaterra. Habiendo muerto de un veneno Rodolfo, obispo de Lieja, al llegar cerca de su casa, de vuelta de la cruzada, á donde siguió al emperador Federico, los votos para la eleccion de su sucesor se dividieron entre dos concurrentes, llamados los dos Alberto, ambos arcedianos de la iglesia vacante. (1) Uno y otro eran igualmente de sangre ilustre, el uno hermano del duque de Lorena, y el otro del conde de Rethel; pero este, que era hombre sin letras y sin disposiciones para adquirirlas, no tenia mas mérito que el esplendor del nacimiento, y bajo este concepto le igualaba al menos Alberto de Lorena, quien indudablemente le sobrepujaba en todo lo demás. Sin embargo, el emperador, aunque no amaba al duque de Lorena, no se atrevió á declararse por Alberto de Rethel, notoriamente incapaz; pero pretendia que en este caso de division, la eleccion pertenecia á él solo; y dió la investidura al hermano del conde de Hontstad que le habia hecho señalados servicios. Apelo de ello al Papa el clero de Lie-

(1) *Egid. de episc. Leod. cap. 56 et seq.*

ja, é hizo ver que la eleccion de Alberto de Lorena era canónica. Pasó este en persona á Roma, á pesar de los espías que el emperador habia puesto en el camino, viéndose en la precision de vestirse de criado para burlarlos. Fué presentado al Papa Celestino en este trage, quien llorando de compasion le consoló paternalmente, y le colmó de todos los honores debidos á la reputacion que se habia grangeado en Italia, y aun desaprobó con magnanimidad el consejo de algunos cardenales que temian el odio impetuoso de los alemanes, y confirmó públicamente la eleccion de Alberto de Lorena (1192).

Entretanto el protegido del emperador tomó posesion del obispado y de las fortalezas que dependian de él. Habiendo vuelto de Roma Alberto, el duque de Ardena su tío le ofreció sus fuerzas y las de sus amigos para apoyar los derechos reconocidos por la Santa Sede; pero este prelado virtuoso protestó que queria mejor renunciarlos que hacerlos valer por unos medios tan poco eclesiásticos. Hallándose en Reims, donde se creia seguro contra el resentimiento del emperador, llegaron tres caballeros alemanes y cuatro escuderos que se suponian haber caido de la gracia de este príncipe. En clase de compatriotas fueron á saludar al nuevo obispo de Lieja, y se insinuaron tanto en su amistad, que en vano se trató de hacérselos sospechosos. Convidóles frecuentemente á comer, é insensiblemente llegaron á ser compañeros casi inseparables. En fin, un dia con pretexto de un paseo, le sacaron fuera de la ciudad, seguido solo de un canónigo y de un caballero. Al estar á medio cuarto de legua de los muros, dos de aquellos hábiles asesinos que iban á sus lados, le metieron de repente sus puñales por las sienas, y luego todos juntos le cargaron de golpes con espada y cuchillo hasta hacerle trece

profundas heridas (1192). Picaron al punto la espuela á sus caballos y caminaron con tanta presteza, que habiendo dado el golpe al anochecer, á las nueve de la mañana ya estaban en Verdun, donde fueron muy bien recibidos del emperador. El muerto fué enterrado por de pronto en la catedral de Reims y venerado como mártir de la libertad eclesiástica. El año de 1612, de consentimiento con el arzobispo de Reims y por la piedad de Alberto, archiduque de Austria, fué trasladado con solemnidad á la Iglesia de los carmelitas que este príncipe acababa de fundar en Bruselas. Cuéntanse varios milagros obrados en su sepulcro, y de él hace mención el Martirologio romano á 21 de noviembre.

En el año de 1193 aconteció en el gobierno del Egipto y de la Siria una mudanza que aumentó las esperanzas de los cristianos de Palestina y reanimó el celo en todo el Occidente. Murió Saladino el 4 de marzo de este año en medio de sus triunfos, despues de haber dividido sus vastos Estados entre doce hijos que dejaba, sin dar cosa alguna á su hermano Safadino, que con tanto valor habia contribuido á su conquista. Desde entonces esta potencia dejó de ser formidable, no solo por motivo de la reparticion, sino mucho mas aún por las divisiones intestinas que de ella resultaron. Los soldados, conociendo el valor y la habilidad de Safadino, prefirieron su obediencia á la de unos niños inespertos y Safadino no tardó en hacer la guerra á sus sobrinos. Esta circunstancia movió al Papa Celestino á mandar publicar la cuarta cruzada. Con este objeto envió tres cardenales á Francia; dió igual comision á los obispos de Inglaterra, y verosimilmente escribió con el mismo objeto á los prelados de las demas naciones.

No habia cesado de llevar la cruz el rey Ricardo, y siguió protestando que al espirar

el término de la tregua con Saladino volveria al Oriente; mas su carácter turbulento le presentaba cada dia nuevos obstáculos. Respecto de la Francia, el rey Felipe estaba implicado en un negocio que absorbía todos sus cuidados y que no le permitió salir del reino. Muerta que fué su primera muger Isabel de Hainaut, aunque le dejó un hijo que le sucedió con el nombre de Luis VIII, quiso contraer segundas nupcias. Pidió y obtuvo á la princesa Ingelburga, hermana de Canuto VI, rey de Dinamarca, cuya distinguida belleza y virtudes encomiaban todos. Fué á recibirla á Amiens, y quedó tan contento de ver por sí mismo lo que la fama divulgaba, que se casó en el mismo dia de su llegada (1193). Mas desde el dia siguiente concibió un disgusto tan grande, que el pueblo no pudo imaginarse causa mas plausible de ello que el sortilegio. Mes y medio despues de este matrimonio tuvo el rey en Compiègne con los obispos y los señores un parlamento en que presidió su tío Guillermo, arzobispo de Reims y legado de la Santa Sede en su provincia. Los obispos de Chartres y de Beauvais con los condes de Dreux y de Nevers, aseguraron con juramento mediar parentesco entre Ingelburga y la difunta reina Isabel de Hainaut, que eran primas hermanas por parte de Erico el Bueno, conde de Flandes, y Bathilde de Suecia, tronco de las dos familias. Por su parte el rey sostuvo que no habia consumado su segundo matrimonio, aunque Ingelburga afirmaba lo contrario. Habiendo, pues, juzgado los prelados que era nulo este matrimonio, el arzobispo legado pronunció por sentencia su nulidad.

Inmediatamente dejó el rey á la princesa, y quiso enviarla libre á Dinamarca; pero ella pidió entrar en un monasterio, prefiriendo pasar el resto de su vida en continencia á contraer un nuevo matrimonio que ella miraba como un crimen. Púsole el rey

en una comunidad de Flandes, dejándola en tal indigencia, que no hizo mucho favor á la causa del monarca. Esteban, que de la abadía de Santa Genoveva de Paris habia pasado al obispado de Tournay donde estaba esta princesa, se poseyó de la compasion mas viva y generosa. Esteban tenia el obispado por eleccion de Guillermo, arzobispo de Reims, encargado de esta parte de la administracion mientras el viage del rey Felipe al Oriente; además gozaba de tanto favor con el mismo rey, que fué uno de los padrinos del príncipe Luis, heredero presuntivo de la corona. Mas ninguna de estas consideraciones le detuvo para recomendar con eficacia la suerte de esta princesa al mismo prelado que sentenció contra ella, y le escribió de este modo (1194):

«Dejando para Dios el juicio de un asunto tan delicado, no puedo menos de compadecerme de una princesa reducida á mendigar el alimento, despues de haber vendido para su subsistencia su vajilla y sus mejores vestidos. ¿Quién no se compadecerá sobre todo al ver tanta miseria con tanta virtud? ¿Quién podrá observar con indiferencia la estraña desgracia de una jóven de sangre Real, mucho mas recomendable aun por su virtud que por su cuna? Pasa los dias enteros dada á la oracion, á la lectura y al trabajo; ocupan todas sus horas los ejercicios serios y penosos; tan solo le falta el tiempo para la alegría y los divertimientos que la son absolutamente desconocidos. Cada dia ora sin interrupcion y con efusion de lágrimas desde la mañana hasta medio dia, y lo que fuera increíble en una virtud menos acendrada, sus oraciones mas ardientes tienen por objeto, no su propia satisfaccion, sino la felicidad perfecta y la salud del monarca (1).»

Eran muy capaces de dar peso á su recomendacion las cualidades eminentes del

obispo de Tournay. No solo era este uno de los hombres mas sabios y de los mejores escritores de su tiempo, sino tambien un prelado de los mas entendidos y prudentes. Ya hacia trescientos años que sitiando los normandos á Paris, habian arruinado la abadía de Santa Genoveva, y así continuaba aun sin reedificarse del todo; Esteban pues reedificó todo lo mas principal para el uso de la comunidad, construyó la iglesia, y en fin, mereció ser reputado como un segundo fundador.

Los gemidos de los buenos á vista de las desgracias de la reina y las quejas del rey de Dinamarca su hermano llegaron á oídos del Sumo Pontífice, el cual, lejos de haber cometido el exámen de este negocio á los obispos de Chartres y de Beauvais, no habia intervenido en nada. Procedió pues al punto con mucha viveza, y aun anuló en 3 de marzo de 1196 la sentencia de nulidad del matrimonio como contraria á los derechos de la Santa Sede en las causas mayores (1). Mas con todo, á pesar de haber contraído matrimonio el rey Felipe por el mes de junio del mismo año con Inés de Merania, no observamos que fuese molestado mas por el Papa Celestino. Este Pontífice, sumamente anciano, aunque conservaba cabal su razon, no tenia ya el vigor y la actividad que exigia semejante asunto, y por otra parte vivió ya muy poco.

No obstante, algun tiempo despues le pidieron se interesase por el obispo de Beauvais Felipe de Dreux, nieto del rey Luis el Gordo. Este prelado, con costumbres mas propias de un príncipe del siglo que de un príncipe de la Iglesia, y mas dado al arte de la guerra que al ministerio pacífico de los altares, fué cogido por los ingleses con las armas en la mano y le tuvieron mucho tiempo en una penosa prision. Despues de

(1) Ep. 261.

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

(1) Apud Rad. de Die. 681.

haber escrito muchas veces en vano al Papa Celestino, encargó al obispo de Orleans que iba á Roma la entrega de una carta mas fuerte que todas las anteriores. Atreviase á decir entre otras cosas al Sumo Pontífice, que él se hacia cómplice de la violencia británica si no hacia justicia. Respondióle el Papa, que se quejaba sin razon, que tenia muy merecido lo que sufría por haber olvidado las máximas convenientes á su profesion (1). Sin embargo, escribió al rey de Inglaterra en favor del obispo prisionero; mas con tono de peticion y absteniéndose de toda frase que indicara autoridad: pediale con lenguaje paternal pusiese en libertad á su querido hijo el obispo de Beauvais. En respuesta envió Ricardo la cota de malla con que el obispo habia sido hecho prisionero, y mandó decir al Papa: *mirad si es este el vestido de vuestro hijo*. Este prelado no fué puesto en libertad hasta el año 1202, el sexto de su prision y el cuarto de la muerte de Celestino III, acaecida en 8 de enero de 1198.

Este Pontífice no omitió nada para hacer que le sucediera el cardenal Juan de San Pablo, hasta ofrecer la dimision en favor suyo. Pero aunque este cardenal fuera digno del pontificado por su sabiduría, rigidez, equidad y otras muchas y grandes virtudes, sus colegas, poco dispuestos á eschuirse de una dignidad que todos podian esperar, contestaron que no habia ejemplar de que un Papa renunciase, y que en todo caso la eleccion de su sucesor debia ser completamente libre. Verosímilmente á consecuencia de esta proposicion y de las resultas que de ella temian aún, se apresuraron en el mismo dia, de la muerte de Celestino, y contra la costumbre establecida, á elegir al cardenal Lotario, de la casa de los condes de Segni, que fué llamado Inocencio III. Su

(1) Ep. 130.

edad era de solos treinta y siete años; mas no por eso merecia menos los primeros honores de la gerarquía, asi por sus buenas costumbres como por su doctrina. La sincera resistencia que opuso á su eleccion hasta derramar lágrimas y prorrumper en espresiones las menos equívocas de sentimiento, justificó una precipitacion tan poco conforme á la costumbre hasta entonces seguida.

Inocencio llenó las esperanzas que de su eleccion se habian formado, y aun las superó por la grandeza de sus designios y de sus trabajos, por su vigor y su firmeza. Si su pontificado debió una parte de su esplendor á ese concurso de extraordinarios sucesos que sirve para desplegar toda la energia de las almas grandes, tambien puede decirse que este Papa halló siempre en sí mismo recursos proporcionados á las necesidades de las circunstancias en que tuvo que vivir. En las revoluciones de Alemania y de las regiones meridionales de la Italia, en la Francia, agitada por el matrimonio ilegítimo de Felipe Augusto, en todo el mundo cristiano donde el celo de las cruzadas produjo una fermentacion del todo nueva, halló abundante materia en que ejercitar todos sus talentos, y no hubo ocasion en que se mostrasen inferiores á su elevado destino.

Poco mas de tres meses antes de su exaltacion al pontificado, habia muerto el emperador Enrique VI en Messina, el 28 de setiembre de 1197, aborrecido de los sicilianos sus nuevos vasallos por las crueldades que con ellos habia cometido. Todos, hasta su esposa Constanza, descendiente de la casa Real de Sicilia, tomaron parte en los sentimientos de sus desgraciados compatriotas, y cundió la voz de que ella le habia hecho dar veneno. Tenia un hijo de edad de solos tres años que habia sido coronado ya rey de romanos en vida de su padre, y luego de la muerte de este fué coronado

(AÑO 1199) rey de Sicilia. En 8 de marzo del año siguiente, Felipe de Suavia, tio de este jóven príncipe, se hizo elegir á sí mismo, primeramente por la mayor parte de los señores de Alemania, y despues por los de la Pulla y Sicilia, declarando con todo, para dar colorido á su ambicion, que solo pretendia sostener la tutela y los derechos de su sobrino. Mas el resto de los señores alemanes declararon nula esta eleccion, y á su vez eligieron y coronaron en Aquisgran á Otton, duque de Brunswik.

Segun era de esperar, Inocencio III no permaneció mudo espectador de estos grandes movimientos. Para prevenirle en su favor la emperatriz Constanza, le envió ministros de confianza, quienes despues de una larga y penosa negociacion obtuvieron en fin la investidura del reino de Sicilia para ella y para su hijo. Mas para esto tuvo que renunciar á los privilegios arrancados en otro tiempo por los sicilianos al Papa Adriano IV, especialmente acerca de las apelaciones de Sicilia á Roma y de las legaciones de Roma á Sicilia. Poco despues de la conclusion de este tratado vióse acometida Constanza de la enfermedad de que murió. Al hallarse en el último extremo formó para el jóven rey su hijo un Consejo compuesto del obispo de Troyes, cancelario de Sicilia, y de los tres arzobispos de Palermo, Monreal y Cápua; y, lo que todos estaban muy lejos de pensar, hizo al Papa regente del reino, consignándole durante la regencia una renta anual de treinta mil de aquellas piezas de oro que se llamaban *tarines*.

Todas estas negociaciones y arreglos impidieron bastante tiempo á Inocencio III el tomar parte en la discordia del imperio y declararse en favor de la casa de Sajonia contra la de Suavia, «en la que se cuentan, dijo al fin (1) cuando se decidió,

(1) Innoc. III, pag. 24.

tantos perseguidores de la Iglesia, cuantos emperadores han salido de ella. Fuera suministrar contra la Santa Sede armas sobrado peligrosas el tomar mas emperadores de esta familia de odioso recuerdo y hacer el imperio como hereditario en los descendientes, ya de Enrique V, que detuvo por traicion al Papa Pascual y logró violentamente las investiduras, ya de Federico I que escitó contra el Papa Alejandro aquel horrible é interminable cisma que comprendió otros muchos, ya de su hijo Enrique VI, muerto excomulgado, y ya de Felipe, que es de quien se trata, el cual está haciendo todavia la guerra á la Iglesia romana.» Respecto á Otton de Sajonia, al contrario, ensalza mucho Inocencio la adhesion de este príncipe y de sus antepasados á la Santa Sede y en particular la del emperador Lotario II, de donde concluye que debia reconocerse á Otton por rey de romanos y llamarle á la corona imperial.

Como no podia prescindir de que Felipe de Suavia habia sido elegido por el mayor número de los príncipes del imperio, pretendió que su eleccion era nula, porque habia sido excomulgado por el Papa Celestino por haber invadido á mano armada el patrimonio de San Pedro. En cuanto al jóven Federico su sobrino, «como ya es rey de Sicilia, dice el Pontífice, puede temerse que reuniendo en su persona el imperio con este reino, niegue algun dia el homenaje que de él debe hacer á la Iglesia romana. Además, un niño de dos años, que aun no está bautizado, se halla en una evidente incapacidad de regir el imperio cristiano: la Iglesia necesita de un emperador que la proteja y la magestad del imperio no permite ser administrada por procurador.» Por lo demás, el Papa Inocencio, siguiendo la jurisprudencia de la época, se hace juez competente y supremo en estas cuestiones políticas del primer orden. «Hace mucho tiempo, dice, que